

NOTA SOBRE LOS ARCHIVOS DEL CELICH: DOCUMENTAR PARA UNA COMUNIDAD

Pía Gutiérrez
Pontificia Universidad Católica de Chile /Universität Passau
CELICH
plgutier@uc.cl

Los archivos operan de forma material y simbólica. Desde la dimensión material, las tareas asignadas al cuidado de aquello que hemos consensuado como documentos, implica las técnicas de conservación, clasificación y las políticas de acceso a los mismos. Todo esto marca una forma de valorar el patrimonio de una sociedad y de organizar el acceso a la información, pues son decisiones que se pliegan a una convención o estándar permitiendo el diálogo entre fondos documentales y determinando su uso. Por otra parte, en el plano simbólico, el archivo ha alcanzado el estatus de paradigma y las discusiones en torno a él se han ampliado desde la historiografía y la filosofía a los campos del arte pues apelan a la distribución del poder en nuestra sociedad. Anna María Guasch nos explica, al revisar una tradición filosófica y artística vinculada al archivo, que este articula un *modus operandi*, al cual describe como las dos “máquinas de archivo” que funcionan paralelamente: una “que pone énfasis en el principio regulador del nomos (o de la ley) y del orden topográfico”, y otra “que acentúa los procesos derivados de las acciones contradictorias de almacenar y guardar, y, a la vez, de olvidar y destruir huellas del pasado, una manera discontinua y en ocasiones pulsional que actúa según un principio anómico (sin ley)” (15). El archivo se vuelve entonces un espacio de tensiones, pues desde él se proyectan las categorías con que accedemos a la clasificación del mundo, ayudando a nombrarlo, y a la vez fija un estado de las cosas que omite categorías y subjetividades pues todo archivo es un acto de violencia que recuerda las luchas por la administración del poder con efecto sobre los cuerpos, los territorios y las subjetividades. Tanto la dimensión material como la simbólica están en constante diálogo en el archivo, funcionan de modo conectado y, por lo mismo, urge que entre estas dimensiones se ejerza un trabajo conjunto.

Digo lo anterior porque en mi experiencia, el trayecto realizado en torno a los archivos patrimoniales que custodia el CELICH, centro de estudios del que soy parte, es el fruto de una conversación constante entre preguntas técnicas y teóricas que finalmente nos ayudan a acceder hoy a los documentos de escritores y escritoras

chilenos de una forma más abierta y con la esperanza de que estos propicien nuevas reflexiones en torno a la literatura en Chile. En conjunto, la Biblioteca de Humanidades y el Centro de la Facultad de Letras de la UC, han buscado consolidar una política de archivo que apunte a la diseminación documental para el estudio de la literatura y el campo cultural chilenos. Me gustaría en este texto relatar el contenido de los fondos y exponer las decisiones técnicas y teóricas que nos han llevado a conformar el acervo que hoy, en su mayoría, se encuentra disponible de forma abierta para su consulta en la web de Archivos Patrimoniales de la Universidad (<https://archivospatrimoniales.uc.cl/handle/123456789/53400>). Asimismo, me esforzaré por relatar algunas proyecciones de lectura que representan desafíos para el trabajo con estos documentos y para quienes investigamos sobre arte y literatura en Chile. Me gustaría que este relato sirviera como acercamiento e invitación a quienes se interesen por estos materiales, pues la vida de un archivo está puesta en su uso, en la posibilidad de interpelarlo, activarlo y configurar desde ahí lecturas que se proyecten hacia el futuro.

EL ARCHIVO COMO UNA PREOCUPACIÓN DESDE LOS ORÍGENES DEL CELICH

El año 1986, el CELICH fue creado con el fin de custodiar 54 cartas de la poeta Gabriela Mistral donadas por Luis Vargas Saavedra, profesor de la Facultad de Letras quien fuera el primer director del Centro. Durante ese periodo inicial, la custodia estaba asignada a la Facultad y a esa primera donación se sumaron nuevas, gestionadas por la familia del autor vanguardista Pedro Prado, correspondencia del presidente José Manuel Balmaceda y un extenso número de documentos que hoy dan origen al Archivo Jenaro Prieto. Si bien hubo siempre una preocupación por mantener estables estos materiales, su acceso seguía estando más bien restringida al uso de académicos de la Facultad o vinculados a ella que podían consultar estos documentos. No fue sino hasta el año 2014, bajo la dirección de Rodrigo Cánovas, que se empezó a pensar una política de Archivo. Gracias a esto, se estableció una primera alianza con la Biblioteca de Humanidades, que se concretó en la compra de equipos de digitalización profesional instalados en el edificio de la biblioteca. En este contexto, se capacitaron estudiantes y personal para la manipulación de los documentos en el marco de un proyecto para centros Interdisciplinarios de Investigación impulsado por la Vicerrectoría de Investigación de la UC. Quizás en ese momento, la prioridad de la digitalización seguía pareciendo la estrategia de salvaguarda principal y el archivo se posiciona como un núcleo en el que diferentes disciplinas convergen. Por lo mismo, en dicha etapa participaron integrantes de otras dos facultades: la de Artes y la de Comunicaciones. Lo cierto es que a partir de estos trabajos se creó una base para el recorrido que ha seguido CELICH, desde este primer acercamiento aparecieron algunas publicaciones centradas en el archivo, -entre ellas la de la novela *Así pasó el*

diablo, editada por Pablo Chiuminatto, publicada el año 2017 por Ediciones UC- y se amplió la visibilidad de los documentos custodiados y su valor patrimonial en el contexto tanto nacional e internacional. Se suman durante este periodo la donación de la Colección Benedicto Chuaqui, a partir de la cual Rodrigo Cánovas investiga los manuscritos de *Memorias de un emigrante*, los que gracias a su gestión quedan bajo custodia del Centro. A pesar de estos esfuerzos, el acceso a los materiales era principalmente en sala para investigadores especializados, lo que limitaba los usos del archivo. Será el año 2018, bajo la dirección de Macarena Areco, que se establece de manera más explícita una política de Archivo y se promueve el acceso abierto a los documentos en su formato digital. Este proyecto se concreta en el marco de un trabajo en Red con otro Centro de investigación y Archivo, el CRLA-Archivos de la Universidad de Poitiers, -que custodia varios fondos de autores chilenos y que por años ha sido parte de la publicación de ediciones genéticas del canon latinoamericano en la Colección Archivos patrocinada en un principio por la UNESCO¹- y en conjunto con la Biblioteca de Humanidades bajo la jefatura de Mónica Tabilo. Creo importante señalar que la discusión en torno al archivo había cobrado fuerza en nuestro contexto, siendo tema de seminarios y publicaciones, por ejemplo, la del número especial de *Chasqui*: “Archivo y memoria. Culturas subversivas de la memoria en arte, medios, literatura, ensayo y en la experiencia cotidiana. Latinoamérica 1970-2010” (2013), coordinado por de Toro, Bongers y Blanco, en el que se publicaron diversos trabajos de profesores y profesoras de la Facultad.

Es en este panorama que se hace posible recibir nuevos archivos y empezar a sistematizar la descripción bajo estándares internacionales, trabajar en la estabilización de los materiales físicos y en un protocolo de digitalización y resguardo que apuntan al acceso y uso de los documentos ya existentes. El año 2018, la Sucesión Manuel Rojas entrega en comodato al Centro el archivo del escritor, el que fue prontamente descrito, digitalizado y puesto en línea gracias al trabajo conjunto de investigadoras del centro y estudiantes de doctorado. Estas acciones son acompañadas por coloquios, publicaciones y el fomento en espacios de divulgación de la figura de Rojas y las oportunidades que ofrece este nuevo fondo para repensar su lectura. Gracias a este fortalecimiento, apoyado por la rectoría de la universidad, CELICH empieza a dar a conocer su trabajo con archivo y es capaz de acoger nuevas colecciones. El año 2020, la escritora Diamela

¹ “Expresión editorial de la asociación ALLCA XX, Archivos de la Literatura Latinoamericana y del Caribe del siglo XX. El 28 de septiembre de 1984, se reunieron en Buenos Aires representantes de cuatro países de Europa (España, Francia, Italia y Portugal) y cuatro de América Latina (Argentina, Brasil, Colombia y México) para comprometerse al acuerdo de Investigaciones y Coedición *Archivos*, que preveía la edición de ciento veinte títulos en las cuatro lenguas del continente” (Segala 148).

Eltit y la artista visual Lotty Rosenfeld donan una colección recogida por ellas a fines de los años 80 e inicios de los 90 a propósito de las sufragistas en Chile, esta donación da origen al Archivo Eltit-Rosenfeld, descrito en conjunto entre estudiantes y profesoras de Letras, y que está abierto bajo el cuidado de Rubí Carreño. Dentro de las donaciones más recientes al CELICH se cuentan la del escritor Eduardo Labarca, el año 2021, de la documentación para la novela *Butamalón* (1994) -colección que ya ha sido descrita y puesta en línea-, y la reciente donación de los documentos del escritor y cantautor Desiderio Arenas por parte de su familia para ser custodiados por el CELICH, estos materiales han sido inicialmente inventariados y están en espera de ser procesados. En el contexto de un proyecto de Patrimonio FONDART se ha trabajado paralelamente en la puesta en línea de una selección del Archivo Pedro Prado y del Archivo Jenaro Prieto, así como de la colección de Eduardo Labarca. Todos estos fondos, además, han sido dados a conocer por medio de actividades académicas, notas de prensa y en talleres o encuentros en espacios vinculados a la comunidad escolar y lectora como han sido las diferentes sedes de Biblioteca Futuro.

ENCONTRARSE EN EL ARCHIVO

La apertura del acceso digital a los archivos del CELICH ha tenido un impacto en la aparición de nuevas apreciaciones críticas. A partir, por ejemplo, de la digitalización y promoción de los documentos del Archivo de Manuel Rojas han habido nuevas apreciaciones y lecturas sobre la obra y figura del autor compiladas en un libro editado en conjunto con María José Barros y publicado el año 2021 por Ediciones UC. Si bien la crítica había atendido al Rojas narrador, parecía haber una falta a su figura en los cruces hacia otros medios (teatro, cine, televisión y radio) que son evidentes en el grupo documental y muestran a Rojas como un sujeto interesado en la acción cultural de su época. Claramente, la intención de generar estas nuevas conversaciones aportan a la lectura y al reciente auge editorial en el que han colaborado investigadores como Ignacio Álvarez e integrantes de la Fundación Manuel Rojas, dándonos acceso a ediciones más completas o críticas y a la circulación de sus textos fuera del contexto escolar al que se había replegado. Entre las nuevas lecturas que se instalan en el archivo parece haber un encuentro en el estudio de otras subjetividades, el giro afectivo o el vínculo con la naturaleza que vienen a dialogar con los materiales personales que alberga el fondo. Sin duda esta lectura no es causada solo por el archivo, pues existe un interés mayor por estos temas en el campo contemporáneo del pensamiento crítico que se corresponde quizás con preocupaciones epocales de una nueva generación de lectores y lectoras, quienes ven en la figura de Rojas un interlocutor que precede las preocupaciones contemporáneas sobre la distribución social, el cambio climático o las formas de vincularnos más allá de las estructuras familiares. Considero que el caso del Archivo Manuel Rojas es un buen ejemplo para pensar que no solo la custodia

documental es lo importante sino la comunidad formada en torno al archivo. De algún modo, quienes participamos del archivo somos también sus lectores, configurando una red mayor en la que podemos encontrarnos, conversar y proyectar nuestro presente en torno a la revisión de los documentos de un autor. Aparece entonces una dimensión que excede la custodia y piensa entonces en el archivo como un lugar de diálogo con enfoque postcustodial: “El enfoque de los archivistas pasó de centrarse en los archivos como “verdad”, evidencia, autenticidad, defensa de la integridad del documentos, a los archivos como historia, como narrativa, como parte del proceso social y de gobernanza de recuerdo y olvido, de preocupación por el poder y los márgenes” (Cook 184). Terry Cook precisamente reflexiona sobre las posibilidades que da el Archivo más allá de su alcance probatorio, ofreciéndonos un lugar de encuentro en el presente. Quizás hacia ese lugar apuntan los desafíos que aún tenemos como CELICH al promover el acercamiento a los materiales custodiados.

El caso de la Colección Eltit-Rosenfeld es muy interesante para pensar esta proyección. Luego del llamado “mayo feminista” del año 2018, Diamela Eltit y Lotty Rosenfeld decidieron entregar al CELICH los documentos que ellas juntaron al investigar a las sufragistas chilenas a fines de los años ochenta e inicios de los noventa. Estos materiales incluyen dieciséis cintas de filmación en diversos formatos que contienen entrevistas realizadas por Diamela Eltit a mujeres como Elena Caffarena (sufragista), María Elena Baltra y María de la Cruz (primera senadora), por nombrar a algunas, grabadas por Lotty Rosenfeld con el apoyo de la fotógrafa Kena Lorenzini, junto con escenas de ficción y montajes experimentales para un videoarte que nunca llegó a concretarse, además de un conjunto de cartas, fotografías y discursos de María de la Cruz. Es interesante cómo este archivo viene a retomar una investigación sobre las primeras mujeres que reclaman el derecho a voto, historia que se activa en las luchas feministas contemporáneas. Por medio de la conservación de los documentos, ocurre un reconocimiento a las sufragistas pero también a las mujeres de la generación de Eltit y Rosenfeld que durante las últimas décadas del siglo XX pusieron la demanda feminista en el espacio público sosteniendo movimientos de resistencia y lucha contra la Dictadura de Pinochet, así como la exigencia de justicia una vez retomada la democracia. El archivo es, entonces, una trama que se convierte en un gesto público y que llega a la Universidad inmerso en un contexto en que la discusión por el reconocimiento de las mujeres y la equidad de género se ha vuelto un tema central en nuestra sociedad y en la misma universidad luego de la toma feminista de Casa Central, punto polémico e icónico para afrontar estos temas en nuestra institución. Sin duda, el gesto en que Diamela Eltit y Lotty Rosenfeld abren sus documentos con el compromiso de una puesta en línea pública de los mismos por parte del CELICH, no es solo un asunto de custodia o preservación de los materiales, sino un empuje para que las estudiantes inscriban su propia lucha en una tradición, es decir un espacio simbólico en el archivo para decirse sujetas a la historia. Este asunto retoma lo técnico y simbólico que tiene

al archivo como centro y lugar de cruce para discusiones culturales del presente, en una clara proyección de un futuro donde se reconozca la historia de las mujeres como parte de su patrimonio y se asegure así derechos igualitarios. Esos diálogos complejos generan una comunidad de colaboración en torno al archivo. Me parece interesante señalar que esta activación se genera en una red: estos materiales fueron digitalizados por la Cineteca Nacional y quedaron registrados tanto en su archivo como en el nuestro, el trabajo conjunto permitió que en marzo del 2020 se hiciera un visionado de algunos extractos de estos videos y un conversatorio entre Diamela Eltit, Kena Lorenzini y Rubí Carreño en el Centro Cultural del Palacio de la Moneda con motivo de la conmemoración del Día de la Mujer que convocó, por primera vez, a ver imágenes en video de Elena Caffarena y Olga Poblete. Tras el estallido social y luego de un largo proceso convencional para una nueva Constitución, este encuentro tiene un marco histórico.

Queda mucho trabajo por hacer en torno a los Archivos del CELICH, no solo porque sus fondos pueden crecer y por el compromiso a la preservación física y digital de los documentos, sino porque el archivo vive cuando llega a más personas para usos diversos en los que exista una apropiación de sus materialidades y una puesta en diálogo. Para que esto ocurra, se deben intencionar acciones que empujen estos usos y lecturas no solo en la Universidad, ese es un gran desafío. Obviamente el Archivo del CELICH dialoga con muchos otros archivos y se completa o complejiza en la medida que esos fondos pueden leerse como una red, por lo mismo creemos que seguir empujando encuentros, publicaciones y visionados es también una tarea de Archivo.

BIBLIOGRAFÍA

- Cook, Terry. (2013). "Evidence, memory, identity, and community: Four shifting archival paradigms". *Archival Science*, 13 (2-3): 95-120: <https://doi.org/10.1007/s10502-012-9180-7>
- Guasch, Anna María. *Arte y archivo, 1920-2010: genealogías, tipologías y discontinuidades*. Madrid: Akal, 2011.
- Segala, Amos. "La Colección Archivos". In: *América: Cahiers du CRICCAL* 23 (1999)147-158. DOI: <https://doi.org/10.3406/ameri.1999.1437>